

Luis Arias Argüelles-Meres, la lucidez íntegra

Amigos y familiares participan en un tributo al añorado columnista de EL COMERCIO impulsado por la Asociación de Escritores Noveles

AZAHARA VILLACORTA



OVIEDO. Había un chiste privado que Luis Arias Argüelles-Meres (Lanio, Salas, 1957-2021) solía gastar en confianza para referirse a los críticos literarios desgana- dos y, en general, a esa gente que pasa por los oficios y la vida sin comprometerse con casi nada. Una frase manida que firmaría cualquiera de ellos en la solapa de cualquier best-seller: «Una historia trepidante que nos atrapa desde el primer momento».

La broma afloró ayer, junto a las lágrimas, en el homenaje virtual organizado por la Asociación de Escritores Noveles al docente, escritor y comprometido analista de la realidad política y social asturiana fallecido el pasado mes de enero. Un tributo en el que amigos, familiares y colegas recordaron a un hombre que sigue y seguirá muy presente en todos ellos y que, seguramente, los estaría observando con cierto pudor, porque —como explicó el editor Cristian Velasco—, a pesar de poseer una de las cabezas más lúcidas de esta tierra y una enorme erudición «no acumulativa, sino interpretativa», de esas que nos dan las claves para entender mejor el mundo que nos rodea, el querido columnista de EL COMERCIO, «un krausista», también era «de una gran humildad».

«En él descubrí a una persona que se caracterizaba por su rigor y su honestidad intelectual, por huir de las corrientes de opinión y tener las suyas propias, siempre fundamentadas», resumió Velasco la figura del «último noventayochista», que «hubiese sido



Luis Arias Argüelles-Meres. ALEX PIÑA

brillante en aquella Residencia de Estudiantes». El mismo que «no vivía esperando la República, sino que ya vivía en la República». Y, de hecho, su último mensaje fue el de la tricolor.

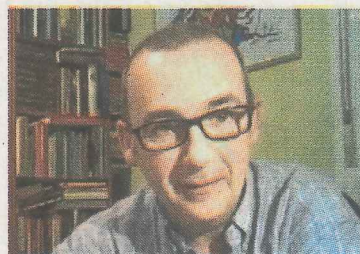
Desde una profunda emoción habló de su vasta «humanidad» Pablo Rodríguez Medina, quien fuera su compañero de claustro: «Él me enseñó lo que era ser un amigo: leal, honesto, generoso... Con una generosidad sin límites. No solo nos premiaba con todo lo que sabía, sino que estaba siempre dispuesto a echar una mano».

El profesor de Literatura también abundó en que la independencia «era marca de la casa». Un sello que impregnaba también su manera de entender la docencia

de la que era su gran pasión: la Literatura, esa que «respiraba», que «lo llenaba todo» y en la que volcó «esa capacidad que tenía de leer la realidad, como aquellos grandes maestros republicanos».

Con ese no casarse con nadie por bandera, desarrolló un articulismo «con un estilo muy personal, muy fácilmente reconocible», del que ha dejado «huérfanos» a tantos lectores, sabedores de que «Luis era ajeno a cualquier tipo de presión».

«El amigo insobornable», lo definió el catedrático de Derecho Administrativo de la Universidad de Oviedo Leopoldo Tolivar, uno de sus íntimos, quien recordó que también cultivó la crítica política «y no le salió gratis»: «Si había



Cristian Velasco
Editor

«Luis era humanismo y rigor con una gran humildad. No esperaba que llegase la República, sino que ya vivía en ella»



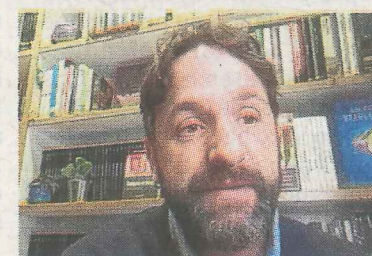
Celsa Díaz
Pintora

«Le dolía el abandono de las zonas rurales por parte de las administraciones. Lanio, Salas, era su geografía sentimental»



Leopoldo Tolivar
Catedrático de Derecho

«El amigo insobornable. Si tenía que meterse en algún charco, se metía, y pagó las consecuencias en alguna ocasión»



Pablo Rodríguez
Profesor

«Me enseñó lo que era ser un amigo. No solo nos premiaba con lo que sabía, sino que siempre estaba para echar una mano»

que meterse en un charco, se metía, y pagó las consecuencias en alguna ocasión. Su comportamiento fue, ética y estéticamente, admirable».

Un auténtico «todoterreno fascinante» que «en los últimos años se atrevía incluso con columnas futboleras» y «un asturiano sin complejos»: «No entendía que hubiese personas que defendiesen el patrimonio cultural y denigrasen el asturiano. Y, siendo un claro defensor del asturiano, era respetado en sus opiniones, y ese respeto se extendía a su formación, a su persona y a su obra», que descansa «en principios rocosos, pero no dogmáticos».

Columnas «de una persona íntegra que decía lo que tenía que

decir», en palabras del también escritor y amigo Pablo Sanz. Pero siempre dispuesto a escuchar al que pensaba diferente. «Siempre entrañable, lúcido, ágil... Siempre dando», añadió el filósofo y profesor titular de Lingüística Enrique del Teso.

Excelente conversador, hipnótico conferenciante sin un solo papel, firme en la defensa de unas raíces que compartía con la pintora Celsa Díaz: «Le dolía el abandono de las zonas rurales por parte de las administraciones». «Lanio, Salas, era su geografía sentimental, el lugar en el que nació y en el que quiso dejar la vida» y dejarnos, de paso, «un vacío tremendo». Un hueco trepidante, que diría un mal crítico.